

«Nadie ve a nadie tal como es y más aún
si se trata de una señora mayor sentada
frente a un joven desconocido en un
vagón de ferrocarril. Todo el mundo ve
un conjunto –ven todo tipo de cosas–,
se ven ellos mismos».

La habitación de Jacob

Virginia Woolf

La habitación de Jacob

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza Urgentes

Título original: *Jacob's Room*

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de cubierta: Javier Jaén

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-281-8

Depósito legal: M-10495-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

9	Uno
22	Dos
45	Tres
73	Cuatro
100	Cinco
117	Seis
132	Siete
143	Ocho
159	Nueve
183	Diez
200	Once
216	Doce
262	Trece
282	Catorce

Uno

«De manera que, por supuesto», escribió Betty Flanders, clavando aún más los tacones en la arena, «no se podía hacer otra cosa que marcharse».

Manando muy despacio de la plumilla de oro, la tinta de color azul pálido disolvió el punto, porque allí se le había atascado la pluma. Los ojos, inmóviles, se le llenaron de lágrimas. Toda la bahía se estremeció, el faro vaciló y la señora Flanders tuvo la impresión de que el mástil del modesto yate del señor Connor se doblaba como una vela de cera expuesta al sol del mediodía. Parpadeó muy deprisa. Los accidentes eran una cosa terrible. Volvió a parpadear. El mástil seguía estando recto, las olas, normales, y el faro perfectamente vertical, aunque el borrón se hubiera extendido.

«... hacer otra cosa que marcharse», leyó.

–Bien, pues si Jacob no quiere jugar –la sombra de Archer, su primogénito, cayó sobre el papel de cartas, se hizo azul sobre la arena y a Betty Flanders le recorrió un escalofrío (ya estaban a tres de septiembre)–, si Jacob no quiere jugar... –¡Qué borrón tan molesto! Debía de estar haciéndose tarde.

–¿Dónde *está* ese niño tan insoportable? –dijo Betty–. No lo veo. Corre y búscalo. Dile que venga de inmediato.

«pero, gracias a Dios», escribió, haciendo caso omiso del punto, «todo parece satisfactoriamente resuelto, aunque estemos amontonados como arenques en un barril y obligados a soportar el cochecito de niño que la casera, por supuesto, no permite que...»

Las cartas de Betty Flanders al capitán Barfoot eran siempre así: de muchas páginas y con manchas de lágrimas. Scarborough se halla a setecientas millas de Cornualles; el capitán estaba en Scarborough; Seabrook había muerto. Las lágrimas hacían que todas las dalias del jardín de Betty Flanders formaran olas rojas, que el invernadero lanzase destellos que le herían los ojos, que salpicaran la cocina de cuchillos resplandecientes e hicieran que la señora Jarvis, la esposa del rector, pensara en la iglesia, mientras sonaba la melodía del himno y la señora Flanders se inclinaba mucho sobre las cabezas de sus hijitos, que el matrimonio es una fortaleza y que las viudas se pierden, solitarias, por campos despejados, recogiendo piedras, espigando unos pocos tallos dorados, solas, sin protección,

pobres criaturas. La señora Flanders llevaba dos años de viudedad.

—¡Ja-cob! ¡Ja-cob! —gritó Archer.

La señora Flanders escribió «Scarborough» en el sobre y trazó debajo una audaz línea recta; era su ciudad natal, el centro del universo. Pero ¿y el sello? Registró el bolso, luego lo puso cabeza abajo y buscó entre los objetos que le cayeron sobre el regazo, todo ello con tanta energía que Charles Steele, con su panamá, detuvo el pincel que tenía en la mano, aunque siguió estremeciéndose, como si se tratara de las antenas de algún insecto irritable. Allí estaba aquella mujer moviéndose, en realidad, a punto de levantarse, ¡al diablo con ella! Añadió al lienzo un precipitado toque violeta oscuro, porque el paisaje lo necesitaba. Era demasiado pálido: grises que se convertían en azul lavanda y una estrella o una gaviota blanca suspendidas en el sitio exacto, pero todo demasiado pálido, como siempre. Los críticos dirían que era demasiado pálido, porque era un desconocido cuyas exposiciones carecían de resonancia, aunque tuviera mucho éxito con los hijos de sus caseras (llevaba una cruz en la cadena del reloj), y se sintiera muy agradecido si a sus caseras les gustaban sus cuadros, cosa que sucedía con frecuencia.

—¡Ja-cob! ¡Ja-cob! —gritó Archer.

Molesto por el ruido, aunque le gustaran los niños, Steele hurgó, nervioso, los bordes de su paleta de pintor.

–He visto a tu hermano..., hace poco –dijo, moviendo la cabeza afirmativamente mientras Archer se resistía a avanzar, arrastrando la pala y mirando con gesto huraño al anciano caballero y a sus gafas–. Por allí, junto a la roca –murmuró Steele, con el pincel entre los dientes, apretando el tubo para obtener el color siena en estado puro y con la mirada fija en la espalda de Betty Flanders.

–¡Ja-cob! ¡Ja-cob! –gritó Archer, deteniéndose de nuevo al cabo de un segundo.

La voz resultaba extraordinariamente triste. Purificada de toda pertenencia a un cuerpo, libre de toda pasión, saliendo solitaria al mundo, sin obtener contestación, rompiéndose contra las piedras..., tal era la impresión que causaba.

Steele frunció el ceño, pero le satisfacía el efecto del negro: era precisamente aquel toque lo que unificaba el conjunto. «¡Todavía se puede aprender a pintar a los cincuenta! Ticiano, sin ir más lejos...» Después de encontrar la tonalidad adecuada, alzó los ojos al cielo y vio con horror una nube sobre la bahía.

La señora Flanders se puso en pie, se sacudió el abrigo por un lado y por otro para quitarse la arena y recogió su sombrilla negra.

Era una de esas rocas tremendamente sólidas, de color marrón, o más bien negro, que surgen de la arena como

algo primitivo. Dada la aspereza que le añaden las conchas rugosas de las lapas y los dispersos mechones de algas secas, un niño tiene que estirar mucho las piernas y sentirse de hecho bastante heroico antes de subirse.

Pero allí, en lo más alto, había una concavidad llena de agua y con un fondo arenoso, que contenía además un bulto gelatinoso pegado a una pared y algunos mejillones. Un pececillo la cruzaba de un lado a otro velozmente. El fleco de algas de color amarillo y marrón se agitó y apareció un cangrejo de caparazón opalino...

«¡Qué cangrejo tan grande!», murmuró Jacob, mientras iniciaba, sobre piernas vacilantes, su viaje por el fondo arenoso. ¡Ahora! Jacob hundió la mano. El cangrejo estaba frío y pesaba muy poco, pero el agua se había enturbiado mucho a causa de la arena y Jacob, decidido a bajarse de la roca cuanto antes, se disponía ya a saltar, con el cubo por delante, cuando vio a un hombre y a una mujer, enormes, tumbados y totalmente rígidos, uno al lado del otro, y con el rostro muy colorado.

Un hombre y una mujer de gran tamaño (era uno de los días en los que las tiendas cerraban pronto), tumbados e inmóviles, cada cabeza sobre un pañuelo, muy juntos, a pocos pasos del mar, mientras dos o tres gaviotas evitaban con elegancia las sucesivas olas y se instalaban cerca de sus zapatos.

Los rostros encarnados sobre los pañuelos de colores miraron fijamente a Jacob, que les devolvió la mirada con la misma fijeza. Sosteniendo el cubo con mucho cuidado, saltó pausadamente y se alejó trotando, con

gran aplomo al principio, pero cada vez más deprisa después, a medida que las olas se le acercaban con su espuma blanca y tenía que desviarse para evitarlas, mientras las gaviotas alzaban el vuelo por delante, se elevaban y volvían a posarse un poco más allá. Una mujer negra muy voluminosa estaba sentada en la arena. Jacob corrió hacia ella.

—¡Tata! ¡Tata! —gritó, las palabras convertidas en gemidos sobre la cresta de cada respiración entrecortada.

Las olas la rodearon. Era, en realidad, una roca, cubierta con esas algas que estallan cuando se las aprieta. Jacob se había perdido.

Entonces se inmovilizó mientras sus facciones buscaban un nuevo equilibrio. Estaba a punto de empezar a berrear cuando, entre los palos ennegrecidos y la paja bajo el acantilado, vio un cráneo entero, quizá un cráneo de vaca; un cráneo que, tal vez, conservaba aún sus dientes. Sollozando, pero de manera distraída, se alejó, corriendo más y más, hasta recoger el cráneo y sujetarlo contra el pecho.

—¡Allí está! —gritó la señora Flanders, dando la vuelta alrededor de la roca y abarcando toda la extensión de la playa en unos segundos—. ¿Qué lleva en las manos? ¡Deja eso, Jacob! ¡Tíralo ahora mismo! Algo espantoso, estoy segura. ¿Por qué no te has quedado con nosotros? ¡Qué niño tan malo! Hazme el favor de dejarlo. Los dos, venid conmigo ahora mismo. —Dándose la vuelta, sujetó a Archer con una mano mientras con la otra buscaba el

brazo de Jacob. Pero el pequeño se agachó y recogió del suelo la mandíbula de la oveja, separada del resto del cráneo.

Con el bolso en constante agitación, la sombrilla bien apretada contra el costado y con Archer de la mano, la señora Flanders procedió a contar la historia de cómo el pobre señor Curnow perdió un ojo cuando explotó la pólvora, al mismo tiempo que se apresuraba por la empinada callejuela, sin dejar de advertir todo el tiempo, en lo más hondo de su memoria, una preocupación oculta.

En la arena, no lejos de la pareja que tomaba el sol, se hallaba el cráneo de la oveja, sin mandíbula ya. Mondo, blanco, azotado por el viento y lijado por la arena, no existía en toda la costa de Cornualles un fragmento de esqueleto más incontaminado. Un cardo marino crecería a través de las órbitas; se desintegraría; o algún jugador de golf, al golpear la pelota un hermoso día, dispersaría un poco de polvo. No; no en una habitación alquilada, pensó la señora Flanders. Es toda una aventura venir tan lejos con niños de corta edad. No hay ningún caballero que me ayude con el cochecito. Y Jacob es un verdadero problema, tan cabezota desde muy pronto.

—Tíralo, cariño, hazme el favor —dijo, cuando llegaron a la carretera; pero Jacob se escurrió, apartándose de ella; y, al soplar el viento con más fuerza, la señora Flanders se quitó el alfiler con el que se sujetaba la toca, miró al mar y volvió a colocárselo. Se estaba levantando el viento y el mar mostraba la intranquilidad de las olas

antes de una tormenta, dando la impresión de algo vivo, inquieto, que espera el látigo. Los botes de pesca se inclinaban hasta el borde del agua. Una pálida luz amarilla atravesó el mar morado y desapareció. Se encendió el faro—. Vamos —dijo. El sol ardió en sus rostros y doró los grandes frutos de las zarzamoras que temblaban en el seto y que Archer trató de arrancar mientras pasaban por delante.

—No os quedéis atrás, niños. No tenéis ropa para cambiarnos —dijo Betty, tirando de ellos, y viendo con emociones encontradas aquel despliegue tan llamativo de la tierra, con repentinas chispas de luz, procedentes de los invernaderos en los jardines, con una especie de inestabilidad amarilla y negra, sobre un fondo de ardiente puesta de sol, aquella sorprendente agitación y vitalidad de la naturaleza que emocionaba a Betty Flanders y hacía que pensara en responsabilidad y en peligro. Apretó con fuerza la mano de Archer y siguió ascendiendo trabajosamente por la colina.

—¿Qué es lo que te pedí que recordaras? —preguntó.

—No sé —dijo Archer.

—Bueno, pues yo tampoco me acuerdo —dijo Betty, con tono divertido y con sencillez y, ¿quién negaría que aquel vacío mental, cuando se combinaba con liberalidad, ingenio materno, cuentos de viejas, modales desenfadados, momentos de asombrosa audacia, humor y sentimentalismo, quién negaría que en todos aquellos aspectos cualquier mujer es más agradable que cualquier hombre?

Betty Flanders, sin ir más lejos.
Ya tenía la mano en la puerta del jardín.
—¡La carne! —exclamó, bajando el picaporte.
Se había olvidado de la carne.
Y Rebecca estaba en la ventana.

La desnudez de la sala de estar de la señora Pearce alcanzaba su máxima expresión a las diez de la noche, cuando se colocaba en el centro de la mesa una poderosa lámpara de petróleo. La violenta luz caía sobre el jardín, atravesaba el césped en línea recta, iluminaba un cubo infantil para jugar en la playa y un áster morado, y llegaba finalmente hasta el seto. La señora Flanders había dejado su labor de costura sobre la mesa. Allí estaban sus grandes ovillos de algodón blanco y sus lentes con montura de acero; el estuche con las agujas de hacer punto y la lana marrón enrollada en una tarjeta postal de otros tiempos. Estaban las espadañas, varios ejemplares de la revista *Strand* y la arena que habían traído las botas de los niños y que crujía al pisar el linóleo. Una túpula atravesó la habitación de esquina a esquina y tropezó con el globo de la lámpara. El viento lanzaba cortinas de lluvia por delante de la ventana, y las gotas se convertían en plata al atravesar el rayo de luz. Una sola hoja golpeaba apresurada, persistente, el cristal de la ventana. Había una tempestad en el mar.

Archer no conseguía dormirse.
La señora Flanders se inclinó sobre él.

–Piensa en las hadas –dijo–. Piensa en los pájaros acomodándose en sus nidos. Ahora cierra los ojos e imagínate a la mamá pájara con una lombriz en el pico. Ahora vuélvete y cierra los ojos –murmuró–; cierra los ojos.

La pensión parecía llena de borbotos y avalanchas; de cisternas desbordadas; de agua que burbujeaba y chillaba y corría por las cañerías y se derramaba sobre las ventanas.

–¿Qué es toda esa agua que está entrando? –murmuró Archer.

–No es más que el agua del baño marchándose –dijo la señora Flanders.

Algo se quebró en el exterior.

–¿No se irá a pique ese vapor? –preguntó Archer, abriendo los ojos.

–Claro que no –dijo la señora Flanders–. El capitán hace tiempo que se ha ido a la cama. Cierra los ojos y piensa en las hadas, muy dormidas ya, debajo de las flores.

–Creía que no iba nunca a conciliar el sueño, ¡vaya huracán! –le susurró la señora Flanders a Rebecca, inclinada sobre la lámpara de alcohol en la habitacioncita contigua. Fuera rugía el viento, pero la llamita de la lámpara de alcohol ardía serena, y un libro puesto de canto servía de pantalla para que la luz no molestara al ocupante de la cuna.

–¿Se ha tomado bien el biberón? –susurró la señora Flanders; Rebecca asintió con la cabeza, se acercó a la

cuna, retiró la colcha y la madre se inclinó y examinó con ansiedad al bebé, que dormía, pero con el ceño fruncido. La ventana se estremeció y Rebecca, silenciosa como un gato, se acercó y le puso una cuña. Las dos mujeres prolongaron los murmullos junto a la lámpara de alcohol, absortas en la eterna conspiración del silencio y de los biberones limpios, mientras el viento, que no cesaba de bramar, dio un repentino tirón de los cierres de mala calidad.

Las dos se volvieron hacia la cuna, con un gesto de preocupación. La señora Flanders se acercó de nuevo para examinar al bebé.

—¿Dormido? —susurró Rebecca, mirando hacia la cuna.

La señora Flanders asintió con un movimiento de cabeza.

—Buenas noches, Rebecca —murmuró Betty, y Rebecca la llamó «señora», pese a la hermandad que las unía en la eterna conspiración del silencio y de los biberones limpios.

La señora Flanders había dejado una lámpara encendida en el cuarto de estar. También estaban allí las gafas, la costura y una carta con el matasellos de Scarborough. Pero no había corrido las cortinas.

La luz atravesaba todo el césped y caía sobre el cubo verde de juguete con una línea dorada alrededor y sobre el áster que temblaba violentamente a su lado. Porque el viento corría a gran velocidad por la costa, lan-

zándose contra las colinas y saltando, en ráfagas repentinas, sobre su propia espalda. ¡Cómo se desbo-
caba sobre la ciudad, hundida en una depresión!
¡Cómo las luces parecían hacer guiños y estremecerse
con su furia, las luces del puerto y las otras, más altas,
en las ventanas de los dormitorios! Haciéndose prece-
der de grandes olas oscuras, corría a gran velocidad por
el Atlántico, llevando las estrellas de aquí para allá por en-
cima de los barcos.

Se oyó un chasquido en el cuarto de estar. El señor
Pearce había apagado la lámpara. El jardín desapareció.
Ya no era más que una extensión oscura. La lluvia empa-
paba el suelo, centímetro a centímetro, y los tallos de
hierba se inclinaban bajo el peso del agua. La lluvia había
cerrado todos los párpados. Alguien tumbado boca arri-
ba no vería más que desorden y confusión: nubes que
giraban y volvían a girar y algo de color amarillo y sulfu-
roso en la oscuridad.

Los pequeños del dormitorio principal se habían qui-
tado la manta y dormían solo con la sábana. Hacía un
calor pegajoso y húmedo. Archer estaba muy estirado,
con un brazo extendido sobre la almohada. Se le veía so-
focado y cuando la pesada cortina se agitó un poco, se
dio la vuelta y abrió a medias los ojos. El viento agitó in-
cluso el paño colocado sobre la cómoda y dejó entrar un
poquito de luz, de manera que se hizo visible su nítida
silueta, muy recta, hasta que una forma blanca creaba
una protuberancia; y una línea plateada se reflejaba en el
espejo.